

Primer ejemplo. Lee atentamente el texto de Bronislaw Malinowski (1884-1942):

“[Los trobriandeses, nativos de las islas Trobriand, al este de Nueva Guinea, creen que...] los fantasmas de los difuntos se van tras la muerte a la isla de Tuma: Allí penetran en la tierra por un agujero especial, o sea, un tipo de procedimiento opuesto al de la emergencia ordinaria. Aún más importante es el hecho de que tras un lapso de existencia espiritual en Tuma, o sea, en el mundo del más allá, el individuo envejece, su cabello se torna blanco y su piel se llena de arrugas, y ha de rejuvenecer mudando la piel. Los seres humanos también lo hacían en los tiempos originarios del pretérito, cuando moraban en el subsuelo. Al principio, cuando vinieron a la superficie, aún no habían perdido esa facultad; los hombres y mujeres podían vivir eternamente jóvenes.

Sin embargo, quedaron desprovistos de esa propiedad merced a un incidente en apariencia trivial, pero importante y funesto. Vivía una vez en un poblado de Bwadela una anciana que residía con su hija y su nieta: tres generaciones de auténtica matrilinealidad¹. Abuela y nieta fueron un día a bañarse en una calita que la marea había llenado. La niña se quedó en la orilla mientras la anciana se alejó a cierta distancia y desapareció de su vista. Mudó allí la piel que, arrastrada por la corriente de la marea, fue flotando por el agua hasta que se quedó enredada en un arbusto. Transformada en una jovencita, la anciana volvió junto a su nieta. Ésta no la reconoció, se asustó y le pidió que se marchase. La anciana, mortificada y encolerizada, volvió al lugar en el que se había bañado, buscó su antigua piel, se la puso de nuevo y regresó junto a la nieta, que la reconoció esta vez y la saludó de esta suerte: “Ha venido una muchacha; me asusté y le ordené que se marchase”. La abuela replicó: “No, es que no quisiste reconocermé. Está bien, tú te volverás vieja y yo moriré”. Volvieron a la casa en donde la hija estaba preparando la comida. Le dijo la anciana a su hija: “Me fui a bañar, la marea arrancó mi piel, tu hija no me reconoció y me ordenó que me marchase. Yo no mudaré mi piel. Todos envejeceremos y moriremos después”.

Después de esto los hombres perdieron el poder de mudar la piel y de seguir siendo jóvenes. Los únicos que aún detentan tal facultad son los “animales de abajo”, serpientes, cangrejos, iguanas y lagartos; esto es así porque los hombres vivieron una vez bajo la tierra. Estos animales surgieron del subsuelo y todavía mudan sus pieles. De haber vivido los hombres por encima, los “animales de arriba” -los pájaros, los murciélagos bermejizos y los insectos también mudarían la piel y renovarían su juventud. Aquí termina el mito tal como se narra normalmente.”

Bronislaw Malinowski (1948, póstuma) *Magia, ciencia y religión*

Segundo ejemplo. Lee atentamente el siguiente fragmento del *Popol Vuh* (libro escrito en lengua maya-quiché y alfabeto latino, en el que se recogen los mitos de los antiguos mayas acerca de la creación del mundo y del hombre, así como noticias sobre los pueblos indígenas de Guatemala, de sus migraciones, guerras y tradiciones anteriores a la conquista española. Debió de ser escrito hacia 1540 por un mayaquiché de clase elevada, instruido ya por los españoles. *Popol Vuh* significa “libro de estera”, algunos lo traducen como “libro de la comunidad o cabildo”, porque se sentaban sobre esteras):

“Dijeron los dioses: probemos ahora a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten. De tierra y de barro hicieron la carne del hombre. Pero vieron que no estaba bien, porque se deshacía, estaba blando, no tenía movimiento ni fuerza, no movía la cabeza, la cara se le iba para un lado, tenía velada la vista. Al principio hablaba, pero no tenía entendimiento. Rápidamente se humedeció dentro del agua y no se pudo sostener. Los dioses consultaron a sus mayores y acordaron elegir otro material para hacer al hombre. Al instante fueron hechos muñecos labrados en madera. Se parecían al hombre, se extendieron y se multiplicaron. Pero no tenían alma ni entendimiento. No se acordaban de su creador, andaban a gatas, su cara estaba enjuta, sus pies y manos no tenían consistencia, no tenían sangre. Los dioses decidieron castigarlos. Fueron golpeados; a todos les fueron destrozadas las bocas y las caras. Y dicen que la descendencia de aquellos son los monos que existen ahora en los bosques. Y por esta razón el mono se parece al hombre.

¹ El antropólogo Marvin Harris define el término *Matrilineal* de la siguiente forma:

“Modo de filiación y de organización social en el que sólo se tiene en cuenta la ascendencia materna para la transmisión del nombre, los privilegios, y la pertenencia a un clan o a una clase. Los padres biológicos no tienen ningún poder sobre los hijos, que llevan el nombre familiar de la madre y no del padre. La tutela y el control de los hijos, en las sociedades matrilineales, no corresponde al padre, sino al “hermano de la madre”, al que asimismo heredan los sobrinos y no los hijos propios”. (No confundir con *matricado*).

Y dijeron los creadores: ha llegado el tiempo de que se termine la obra y de que aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir. Los vasallos civilizados: que aparezca el hombre. De maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne. De masa de maíz se hicieron sus brazos y piernas. Únicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres, los hombres que fueron creados”

Popol Vuh

Tercer ejemplo. Lee atentamente el siguiente fragmento del Génesis (primer libro de la Biblia):

“Cuando Dios el Señor hizo el cielo y la tierra, aún no había plantas ni había brotado la hierba, porque Dios el Señor todavía no había hecho llover sobre la tierra, ni había nadie que la trabajara. Sin embargo, de la tierra salía agua que la regaba completamente. Entonces Dios el Señor formó al hombre, de la tierra misma, sopló en su nariz y le dio vida. Así el hombre comenzó a vivir. Después Dios el Señor plantó un jardín en la región de Edén, en el oriente, y puso allí al hombre que había formado. Hizo crecer también toda clase de árboles hermosos que daban fruto bueno para comer. Y en medio del jardín puso también el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. En Edén nacía un río que regaba el jardín, y que de allí se dividía en cuatro brazos. El primero se llamaba Pisón, y es el que rodea toda la región de Havilá, donde hay oro. El oro de esa región es fino, y también hay allí resina fina y piedra de ónice. El segundo río se llamaba Gihón, y es el que rodea toda la región de Cus. El tercero era el río Tigris, que es el que pasa al oriente de Asiria. Y el cuarto era el río Éufrates. Cuando Dios el Señor puso al hombre en el jardín de Edén para que lo cultivara y lo cuidara, le dio esta orden: “Puedes comer del fruto de todos los árboles del jardín, menos del árbol del bien y del mal. No comas del fruto de ese árbol, porque si lo comes, ciertamente morirás”.

Luego, Dios el Señor dijo: “No es bueno que el hombre esté solo. Le voy a hacer alguien que sea una ayuda adecuada para él”. Y Dios el Señor formó de la tierra todos los animales y todas las aves, y se los llevó al hombre para que les pusiera nombre. El hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves y a todos los animales salvajes, y ese nombre les quedó. Sin embargo, ninguno de ellos resultó ser la ayuda adecuada para él. Entonces Dios el Señor hizo caer al hombre en un sueño profundo y, mientras dormía, le sacó una de las costillas y le cerró otra vez la carne. De esa costilla, Dios el Señor hizo una mujer, y se la presentó al hombre, que al verla dijo: “¡Esta sí que es de mi propia carne y de mis propios huesos! Se va a llamar ‘mujer’, porque Dios la sacó del hombre”. Por eso el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y los dos llegan a ser como una sola persona.

Génesis

Cuarto ejemplo. Mito de Perséfone

La inmortal Perséfone era hija de Zeus y Deméter, diosa de la agricultura y de la fecundidad. Hades, dios del mundo subterráneo, amaba a Perséfone, pero ésta le era esquiva. Con la complicidad de Zeus, Hades rapta a su amada para desposarla y vivir con ella en los infiernos.

Cuando Deméter lo descubre, cae en el desconsuelo. Los campos, entristecidos con ella, se niegan a dar fruto. Entonces, el hambre y la muerte azotan el género humano.

Alarmado, Zeus ordena a Hades devolver a Perséfone al Olimpo. Pero ésta ha comido una granada, fruto de las moradas subterráneas, lo que la obliga a permanecer parte del año con su esposo, aunque el resto del año puede volver con su madre.

Desde entonces, la primavera anuncia la llegada de Perséfone junto a Deméter. La apoteosis de su estancia en el Olimpo coincide con las cosechas del verano. En cambio, el campo otoñal se cubre de melancolía por el regreso de Perséfone a las cavernas de los difuntos; y la muerte se enseña de la vegetación en invierno.